

La caricia de una rosa

Ana María López

Se despertó sobresaltada. La penumbra la envolvía, los párpados seguían sellados con la luz de la luna acariciándole las pestañas con destellos plateados. Entraban los rayos en tiras a través de la transparencia de las cortinas, y el collar de sol brillaba sobre las clavículas, como si también supiera que algo estaba a punto de suceder.

Un hormigueo le recorrió los pies. Luego, el picor, primero leve, casi una caricia; después feroz, como una invasión. Sentía las ramas extendiéndose desde su vientre hacia su cabeza, desde su vientre hacia sus pies, desde su vientre pasando por las manos hasta las puntas de los dedos.

No, otra vez.

Intentó moverse, pero su cuerpo no le obedecía. Estaba desesperada, no podía abrir los ojos. El silencio era una música espectral que la envolvía, notas de una melodía que conocía pero cuyo origen se le escapaba. Le venían recuerdos que la estrangulaban, que le mordían las piernas, los brazos, le quemaban la carne en un deseo placentero. Un fuego que dolía y placía al mismo tiempo, en un lugar donde habitaban las ausencias. Sonaba la melodía; las notas le anudaron la garganta. No era la primera vez que le ocurría. Aquella melodía, extraña y familiar al mismo tiempo, se le había metido en la cabeza como un eco persistente, un fragmento de sueño atrapado en el inconsciente.

Ha vuelto.

El sonido la arrastró a las imágenes: la luna llena entrando en susurros por la ventana, el calor de unas sábanas revueltas, piernas, manos, miradas, dedos entrelazados buscándose en la penumbra, corazones latiendo al mismo ritmo, cabellos enredados en la almohada. Luego, un cielo naranja, un sol ruidoso despertando en cantos al jardín de rosas, acompañado del eco de unas botas empantanadas caminando en el piso de madera de la cocina, el aroma del tabaco mezclándose con el café. No sabía si eran imágenes de su memoria o retazos de un sueño que se repetía cada vez que aquella canción maldita aparecía en su vida.

En sueños las imágenes de un paisaje interno que había sido reflejado por una sombra, y en vida unas ramas que consumían y desgarraban desde su vientre hacia todos los exteriores devorándole cada brazo, cada mano; apretando el corazón desde adentro, un dolor feliz desde el olvido. Las enredaderas se enroscaban, se expandían, y ahora traían espinas. La luna, testigo de la destrucción, había desvanecido todo dejando el silencio y una calma misteriosa.

De repente con los rayos del sol haciendo brillar el cabello, noche brillante que se derramaba sobre la almohada como un río detenido en el tiempo, revelaba la verdad de lo que se avecinaba.

Desde las entrañas de su vientre, desde el centro de todo ser, su ombligo, nacía una rosa con pétalos de un rojo vibrante que, con su belleza y espinas crueles, le devoraba con



Maria Clara Jaramillo. *Teresita*. Rapidógrafo sobre papel. 35 x 35 cm. 2024

ternura lo último de su carne y desangraba en susurros las últimas partes de su cuerpo. Su cara, ahora arañada, era irreconocible por el dolor, los cabellos se desprendían en gruesos mechones, su piel estaba perforada por agujijones. Lo más hermoso del jardín consumiendo y destrozando cada pedazo de su silueta, apretándola con tanta dulzura hasta que salieran las lágrimas.

Cuando la flor terminó su obra todo quedó en calma, la última lágrima rodó por su mejilla antes de que se desvaneciera por com-

pleto y el sol permaneciera brillando sobre el nuevo jardín en la cama. Nadie supo qué ocurrió aquella noche en esa habitación. Solo quedaba la rosa, en un nuevo paisaje reflejado, hermosa, vibrante, solitaria y creciendo entre las sábanas. Solo la luna, en la próxima noche, la recordaría.

Ana María López hace parte del taller de literatura que dirige la escritora Emperatriz Muñoz.